

LA GARNACHA.



Ruinas del castillo de la Garnacha.

La Garnacha era en otro tiempo el nombre de un gobierno, de una ciudad y de un castillo de la Vendée. El gobierno comprendía un cuadrado de tierra entre el mar, la Bolonia, Matchecoul y Aprenunt. Este señorío parece haber estado unido constantemente al de Beauvoir-sur-Mer de la isla de Din y de Noirmontier. Probable es que originariamente se llamase *la Garnacha*. Es cierto que en los títulos del siglo XII se lee *Garnachia*, y que en este tiempo se ve una serie de cuatro Pedros de Garnacha, poseedores del señorío. El primero de ellos fundó en 1110 el monasterio de la Landa, en Beauchene, á petición de Pedro II, obispo de Poitiers; un hijo, Pedro II de Garnacha, dió un día á las religiosas del convento la mitad de la pesca que cogiesen sus hombres y colonos de Beauvoir. Desde la muerte del último Pedro de Garnacha, pasó el señorío sucesivamente á manos de diversas familias. Perteneció á Pedro de Dreus, apellidado Maneler, duque de Bretaña; á Mauricio de Belleville, señor de Montaygú; á Crison, á Mortendro, á Bohan, á Partierre, á Gondi y á Villeroy. Algunos años antes de la revolucion francesa, la tierra de Garnacha que se habia convertido en un marquesado, se vendió á la familia de Pas, y así terminó su historia feudal.

SEGUNDA SERIE.—1858.

El castillo y el pueblo de Garnacha, estaban situados á cuatro ó cinco leguas del mar. El geógrafo Nicolás Taein los ha dibujado en sus *planos y perfiles de las ciudades y sitios considerables de Francia*. Se ve allí que el uno y el otro estaban rodeados de un mismo recinto. El castillo tenia ademas un recinto particular, inscrito en el primero, y estaba fortificado con torres y cortinas. Del lado del Oeste se hallaban bañados sus muros por un foso que rodeaba tambien el pueblo: por el lado opuesto, el recinto se prolongaba hasta un vasto estanque. Colocado el pueblo al Noroeste, no era mas grande que el recinto del castillo y de sus jardines. Penetrábase en el pueblo por una puerta al Norte, y en el castillo por otra en el ángulo del estanque. Reparada y rejuvenecida aquella mansion feudal, fué incendiada durante las guerras de la Vendée. Conservó, sin embargo, hasta el tiempo del primer imperio sus murallas, y la mayor parte de sus techos en pirámides y elevados conos. Hoy no quedan mas que los restos de los torreones de algunas almenas. Un camino departamental atraviesa por medio del recinto demolido. Las paredes del torreón, que parece datar del siglo XIII, no tienen adorno: los fragmentos de las torres redondas, están al contrario adorna-

AÑO XVI. 29.

dos de esculturas con líneas muy historiadas. Anchas ventanas, ligeramente abovedadas, daban luz á grandes salas cuadradas en cada piso. La torre que dominaba la calzada del estanque y defendía la puerta de entrada, se ve cubierta de zarzales y yedra. Sirven estas ruinas de cantera á todos los habitantes de las aldeas vecinas, y dentro de poco desaparecerán paulatinamente bajo el pico y el martillo, para transformarse en casitas, granjas y establos.

Estas ruinas tienen algunos interesantes recuerdos. En 1566, Andrés de Ribadeau, caballero del Bajo Poitou, señor de la Groizardiera, en Castillo Nuevo, cerca de Garnacha, hizo imprimir una composición en verso titulada: *Aman, tragedia santa*, sacada del sétimo capítulo de Esther, y que dedicó á Francisca de Rohan, señora de la Garnacha y de Beauvoir-sur-Mer.

Hacia el año de 1584, se naturalizó Francisco Viète, originario de Fontenay, en el Bajo Poitou, se retiró al castillo de Garnacha, al lado de Francisca de Rohan, su protectora.

En 1588, el castillo de Garnacha, defendido por Plesigesté, sostuvo contra los partidarios de la Liga que mandaba el príncipe de Nevers, tan largo y encarnizado sitio, que después de haber agotado los víveres, las municiones y los hombres, capituló con su corta guarnición y salió de él con todos los honores de la guerra.

En mayo de 1621, volvió á caer Garnacha en poder de los protestantes, que hacían la guerra en el Bajo Poitou, á las órdenes de Benjamin de Rohan. Volvió á reconquistarse el castillo en 1622 por el duque de Vendôme, y se demolieron las fortificaciones por orden de Luis XIII. Desde entonces una aldea miserable ocupa el sitio que en esta época la antigua población.

FERNANDO BELTRAN.

EL TOCADOR DE ORGANILLO.

(Conclusion.)

Pero dejemos ya á Flamache; por mi parte vivía de esa existencia vacía, insensata, que llevan en París algunos hijos de familia inocentes, y algunos intrigantes condecorados, por lo que se ve en un ojal, con órdenes extranjeras. Gastar un luis en el Café Inglés, no para comer bien, sino para causar buen efecto al mozo, que por ello os estima en mucho; tener magníficos caballos enganchados á una berlina que tirada por aquellos formidables animales parece un abejorro, y eso no por el placer bastante exíguo de que le lleven á uno rodando, sino para causar buen efecto á algun honrado comerciante que pasa y va pensando en el precio del azúcar, ó en los vencimientos de fin de mes; arrojar crecidas sumas á célebres actrices, no por la dicha de amarlas, sino por causar buen efecto al comun de los mártires que se ven reducidos al ordinario conyugal; ostentar toda clase de apariencias brillantes y sedosas sobre una realidad de mimbre; ¡hé aquí la vida que tanto envidiaba! Tan solo dos pasiones conmovían ya mi corazón, adoraba al juego y los bailes de máscara.

Una noche que estaba en la ópera, medio borracho como de ordinario, ví dirigirse á mí una muger, cubierta con un ancho dominó de raso negro, retrocedí de temor; bajo su máscara en vez de ojos, solo se veían dos ascuas ardientes. Esta muger colocó su brazo sobre el mío, y sentí su abrasado aliento que me quemaba la cara; llevaba sobre su guante una culebra de oro enroscada por brazalete. Pues bien..... lo que os voy á decir os parecerá extraño, pero era así..... La culebra estaba viva, y se enroscaba sin cesar, dardando sobre mí sus ojos brillantes y verdes como esmeraldas.

Desde que la mano con guante de esta muger tocó mi mano fuí suyo; se habría dicho al ver la conmoción que circuló por mis venas, que su vida se infiltraba en ellas, y como pueblos subyugados, mis ideas cedieron el puesto á las suyas, su alma entró en mi alma.

—¿Quién eres? le dije trémulo.....

—Soy el placer.

—¡El placer bajo esa careta sombría y burlona!

—¿Pues qué es el placer mas que una burla?

—¡Vive Dios!..... estás filosofando.

—No lo sé.

—¿Por qué son tus ojos de llamas?

—¿Es una galantería?.....

—¿Para qué quieres en tu lindo brazo esa culebra que se enrosca?

—Estais borracho... y el dominó se echó á reir con aquella extraña carcajada que ya por dos veces habia llamado mi atencion.

—Al menos quitate por un instante esa careta, con la que las mugeres en medio de esta alegre multitud, parecen sombras errantes.

—¿Qué decís? no lo sé. ¿De qué os servirá el haberme visto? me olvidareis tambien..... sin embargo, lo quereis.....

Y el dominó se quitó la careta, dejándome reconocer estupefacto á Genoveva.

—¡Vos aquí, vos, Genoveva! ¿vos que hace aun muy pocos meses viviais tan santamente cerca de vuestra madre?

Una nube pasó por la frente de la jóven, en seguida sacudiendo la cabeza respondió:

—¡Ah! qué quereis, aquella vida me fastidiaba..... y he hecho como vos, querido.....

—Pero entonces, apenas érais una niña y ahora.....

—¡Una niña!..... así son todos los hombres, porque una jóven baje la cabeza, y diga de vez en cuando algunas palabras con aire tonto.....

Conmovido de compasion no pude menos de decirle:

—Os perdeis, Genoveva, sin remedio.

—¡Ah! otras tonterías..... eso dicen todos..... y es bien ganso!... Vamos, hablemos en razon. Levantarse temblando antes de ser de día, vestirse con harapos húmedos y desteñidos, sentarse en una silla dura, la cabeza cargada, los ojos encarnados, los pies sobre un calentador que os asfixia y las manos amoratadas de frio; no menearse en largas horas, permanecer doblada en dos sacando una aguja siempre, siempre y siempre... ¿os parece muy divertido?... No encontrar un solo instante de descanso... oír á los demas vivir y menearse por fuera, ver al sol pálido adelantarse sobre los vidrios lentamente, llegar á la pared y por último apagarse..... y trabajar aun!... cuando llega la noche, cuando los pajarillos cantan en los tejados, cuando los ruidos de la

calle llegan á vos mas alegres, cuando la mano fatigada no puede moverse ya y pasa una nube ante los ojos, trabajar aun!..... En seguida levantarse á encender una miserable lamparilla y volver al instante á sentarse, volver á tomar la costura..... oír como se cierran poco á poco las tiendas, los pasos de los transeúntes que se hacen mas sonoros..... Y cuando todas las luces se han apagado, cuando ha cesado todo ruido, cuando la cabeza agobiada pesa, cuando los párpados os abrasan, cuando todos los miembros se os estremecen..... trabajar aun!... siempre... siempre..... destruirse una..... perder su juventud y su belleza para ganar apenas pan..... Reunir tal vez con semejante vida una miserable suma que tienta á un jornalero..... dejarse seducir por un grosero simulacro de amor..... gastar en un solo día fuera de puertas las economías de tantos años de trabajos y miserias..... y encontrarse sin un cuarto en su casa, con un marido borracho que os pega y un montón de muchachos que revientan de hambre!... ¡Oh! verdaderamente que es lástima no echar de menos semejante vida... Por haber tenido diamantes y carruaje ¿he de ser mas desgraciada? ¡Ya sé que esto no ha de durar siempre! Vais á decirme que por lo mismo las privaciones van á serme mas insoportables..... Pero..... ¡bah! ¡tal vez habré muerto antes!..... y ademas, para todos la miseria es la miseria..... El que solo ha vivido con pan negro, sufre lo mismo cuando tiene hambre que el que ha vivido con pan de flor y otras cosas..... Mirad, no sois sino un gran tonto; id á casaros con vuestra Agata, que os bordará la existencia con magníficos zurcidos..... Dejarme tranquila y buenos días.

Aquella infernal criatura sabía demasiado que darme libertad, era como decir á la hoja seca arrastrada por el torrente: vuelve á subir; pues á decir verdad, me sentía atraído y arrastrado hácia ella, con mas violencia aun que la hoja seca.

Qué mas os he de decir; aquella muger fué mi perdición, sin que ni aun ahora pueda explicarme el imperio que sobre mí tenía. No me falta valor, mas de una vez me he batido por una mirada que disgustaba, ó un codo que me molestaba; á veces una pequeña sonrisa, en la que creo percibir la ironía, basta para escitar en mí terribles tempestades; pues bien, esa muger me despreciaba, me insultaba, me engañaba sin pudor, y yo arrodillado á sus pies agnataba todo y pedia misericordia. Se atrevía á pegarme y besaba sus manos levantadas contra mí. Una vez tuve la prueba completa de su perfidia; el que sorprendí á su lado era uno de mis amigos; lo abofeteé y nos enviémos patrios para un duelo; pues bien, ella me prohibió el batirme y no me batí.

Le había alquilado una linda casita á lo último del camino d'Antin; tenía gran tren de casa, numerosas libreas, magníficos caballos; al mes ya no le gustaban las mas lindas carretelas y berlínas, y las cambiaba; no gastaba el dinero, no lo tiraba por la ventana, como se dice comunmente, todas estas espresiones indican la idea de cierta lentitud en el desórden; no se lo tragaba. Debeis suponer que hacia tiempo que mi fortuna entera habia sido devorada, me encontraba ya entre las uñas de los usureros. Mi padre, ya os lo dije, tenía cien mil florines de renta, y yo introduje los ratones en el edificio de la fortuna paterna.

He olvidado deciros que la noche que encontré en el baile de la ópera á Genoveva, mi groom desapareció, y no

volví á oír hablar de él. Aquí entre nosotros os diré que el groom y Genoveva no eran mas que una sola persona.

—¿Cómo una sola persona? le dije, pues aunque habia dejado pasar las carcajadas fantásticas, mi credulidad empezaba á cansarse.

—Sí, la misma persona..... es decir, Satanás.

Iba á protestar, pero percibí un signo de inteligencia de la condesa de L** que significaba sin la menor duda: No lo irriteis con la contradicción..... y me callé.

—A veces, continuó el conde, bajaba como un rayo de luz á mi alma, que hacia desaparecer los fantasmas que la asediaban; entonces me horrorizaba de mi amor á Genoveva; entonces como luminosa vision, aparecia el tranquilo interior de la calle de la Naranjería, aquella sala de muebles antiguos llena de armonía y de recuerdos, aquellas noches apacibles en que el ánimo reposaba en dulce tranquilidad, aquella reunion de ancianos cuya alma habia permanecido pura, y en medio de ellos el perfil virginal, la voz encantadora, la cándida mirada, la dulce alegría de Agata, de aquel ángel, que jóven y bella cerca de los que pronto debían cesar de existir, parecia un ángel enviado para prometerles el cielo. ¡Oh! en aquellos instantes tenia crueles remordimientos, y maldecia mis culpables debilidades; pero cual una nube pronto desaparecian de mi ánimo y volvía á mi ordinaria existencia.

Buscaba el olvido, mas la copa del placer estaba apurada; habia llegado al período en que se absorben con avidez las últimas gotas. La cautelosa sonrisa de mis usureros empezaba á armarse de dientes, y ya habia sentido mas de una mordedura; á mis súplicas contestaban con amenazas, á mis amenazas con una risa de compasión. Todas las puertas se me habian cerrado, y solo una me quedaba abierta, la de Clichy (1); mi amigo y compañero de orgías, Camilo Piedeferro, acababa de marchar á Constantinopla; mis demas amigos solo me ofrecían cigarros, y eso porque tenía aun guantes.

Preciso me fué revelar mi apuro á Genoveva. ¡Oh! aquello fué una tortura horrible! ¿Cómo habia de sobrellevar ella la miseria! ella que habia conseguido no tener caprichos á fuerza de ser adivinados; la compadecía, pero no dudé un momento de su resignacion.

Me decidí á hacerla aquella terrible confesion, y se rió como una loca en mi casa, y tiró al aire los almohadones del divan en que estaba recostada.

—¡Ah! ¡pobre muchacho! me dijo..... ¿Y en qué podeis ocuparos...? Mirad, vais á ver que por séros útil me voy á decidir por el marqués de V** que es par de Francia..... El tratará de colocaros.....

Mi corazón se hizo pedazos, la dije las mas sangrientas injurias; en mi soberano desprecio la dije palabras que debían marcarla en la frente como un hierro candente; y á todo esto ella no hacia sino encogerse de hombros con una paciente conmiseracion.

Tanta energía en mí, debia traer la reaccion de lágrimas, me eché á sus pies sollozando, la supliqué juntas las manos que no me abandonase así, que tuviese compasión de mí, y que si no me amaba, se diese al menos el trabajo de engañarme. ¡Oh! no, jamás ha podido un hombre ser tan cobarde y tan bajo como lo fuí yo entonces.

(1) Clichy, edificio que sirve en Paris de prision por deudas.

—¡Bah! dijo, alguna vez hemos de separarnos..... Un poco antes, ó un poco despues, ¿qué mas da?.....

—No, aun no ¡Oh! ¡mira que me matas!.....

—¡Eso es cuestion de tiempo!..... todos son lo mismo..... ¡Bah! no teneis valor de un maravedí de energía. Vuestro ilustre padre goza cien mil francos de renta... ¡y venir á llorar miseria!

—¡Mi padre!..... ¿qué quereis decir con eso?.....

Se echó á reír, hizo dos ó tres pasos de polka, y me volvió la espalda.

Por largo tiempo estuve torturando sus últimas palabras, para hallarlas un sentido racional, y nada conseguí. ¿Qué podía esperar de mi padre, que no había querido ni oír hablar de mí, cuando aun conservaba el candor de la juventud, los arranques del corazón que impresionan aun á los mas escépticos? Era poco probable que mis escándalos me habrían ganado su corazón. Sin embargo, por absurda que semejante tentativa pareciese, ignorando en mi aflicción á qué agarrarme para sobrenadar algun tiempo mas, devorado de rabia, al solo pensamiento de desaparecer así, despechado de celos por el temor de perder á Gertrudis, resolví, costase lo que costase, el tener una entrevista con mi padre.

Fué un árduo trabajo..... ignoraba absolutamente donde podría hallarse.

Lo mismo que el indio que tendido en tierra observa las huellas medio borradas de las pisadas, así pasé yo muchos días siguiendo é interrogando los vestigios del pasado.

En fin, supe que vivía en la esquina de la calle de Plumet y del boulevard de los Inválidos, en una casa cercada como un convento, cuyo jardín que se extendía á lo largo del boulevard, estaba protegido por una verja, luego por una empalizada de tablas, en que ni una rendija dejaba paso á una mirada.

Supe por un lacayo que acababa de despedir, algunos detalles sobre aquella persona tan interesante para mí. Mi padre tenía cerca de sesenta años, facciones nobles y regulares, ojos grises y penetrantes sobre las áridas arrugas de sus mejillas; era de una flaqueza extraordinaria, que se hacía notar bajo su traje: esto en cuanto á su físico. En cuanto al moral, el carácter mas raro del mundo; tan pronto una exagerada alegría como la mas negra melancolía; luego terribles accesos de furor; en sus paroxismos rompía todo lo que se encontraba á su alcance, y muchas veces la vida de sus criados estuvo en peligro. Tenía, según parece, terribles alucinaciones, y creía ver siempre á su lado un espectro armado contra él. Nunca he podido comprender que se pueda ser víctima de semejantes fantasmas de la imaginación.

Aquí yo, que escuchaba al conde de L* estuve á pique de interrumpirle, pues me parecía que en punto á alucinaciones, acababa de referirme algunas bastante sobrenaturales; pero me acordé á tiempo de la parábola del Evangelio, y dejé al desgraciado que se admirase de una paja en el ojo de su padre, sin hablarle de la viga que tenía en el suyo.

El conde continuó.

Me presenté en el hôtel de la calle de Plumet, bajo un nombre distinto del mio, y con recomendación de un fraile dominico que era el confesor de mi padre, me introdujeron en un vasto y helado salón, en que tres inmensas ventanas con vidrios pequeños, derramaban una luz pálida que

no templaba cortina alguna; en las paredes había tapices ajados representando apriscos, un sofá y unas sillas cuyos dorados habían tomado tintas rojizas; sobre las puertas y los espejos había copetes tan historiados como ahumados, una araña de cristal, el entarimado brillante y resbaladizo como un espejo: en lo que yo pude juzgar tal estaba aquella pieza, pero apenas me introdujeron se abrió una puerta y apareció mi padre.

Se dirigió á mí, mirándome fijamente, sus ojos se inyectaron de sangre, y con ahogada voz me dijo:

—¡Desgraciado!... ¿cómo os habeis atrevido á presentaros á mí?

—Señor.....

—¡Oh! ¡os he reconocido perfectamente!..... ¡y venir á pedirme cuenta de la sangre del otro!.....

—¡Padre mio!.....

—¡Ella ha sido implacable á la hora de su muerte..... en una hora en que todo se olvida..... todo se perdona!.....

—¡Cielos!..... ¿de quién habláis?

—¡Oh!..... ¡bien lo sabeis!..... si así no fuera, ¿á qué habíais de haber venido?... ¿habeis contado con mi terror?... ¡Tal vez consentiríais en venderme el reposo y el honor!...

Una idea verdaderamente infernal se me ocurrió. Existía, pues, entre mi padre y yo un secreto tan terrible, que mi silencio tenía un valor efectivo, ¡el silencio de un hijo!..... Había nacido humilde y tímido, y ya solo tenía que hablar imperiosamente..... Este asqueroso cálculo no hizo mas que atravesar mi imaginación como un ave nocturna, y respondí:

—Nunca hubierais oído de mí una sola palabra referente á lo pasado.

Vos mismo, señor, vos mismo habeis hablado de ello el primero...

El conde se quedó en mi presencia, los ojos desencajados, estendidos los brazos y todo su cuerpo tembloroso, á poco balbuceó:

—¡Oh! ¡Dios mio!... ¡qué nombre se ha de dar á la virtud que es mas rencorosa, mas encarnizada, mas sangrienta que el crimen!... ¿Con qué treinta años de remordimientos, treinta años de plegarias y de gemidos en la soledad, treinta años de horribles tormentos no le han bastado?... ¡Ha sido preciso que ella os legase su venganza; odiosa herencia!... ¡Ah! ¡el que ha delinquido, es pues, mas culpable que el que no ha querido perdonar!...

Quedé espantado de la dolorosa expresión de la fisonomía de mi padre. Quise arrojarme á sus pies, implorar su perdón... ¿lo confesaré? una mala vergüenza me contuvo.

—Si, continuó el anciano, cuya creciente exaltación rayaba en delirio, ¡si, he muerto á mi hermano!... ¡Era el primogénito!... los dos habíamos emigrado... Yo andaba de función en función, pasaba las noches en insensatas orgías, el oro que le cogía lo malgastaba con las cortesanas, ó lo arrojaba al insaciable demonio del juego... El, entretanto, trabajaba; oculto bajo un nombre plebeyo reconstruía laboriosamente su fortuna; consentía en no ser para mí á los ojos del mundo sino un extraño, pues había conservado mis títulos; me perdonaba mi desprecio, con tal de poder en secreto de cuando en cuando estrecharme en sus brazos... y llamarme su hermano... ¡Ah! para mí era mas que un hermano... era el mas tierno padre... Cerraba los ojos sobre mis locuras, era todo indulgencia para mi juventud, siempre pronto á

olvidar los errores pasados y creer en mi hipócrita arrepentimiento, la mas ligera esperanza serenaba su frente, y su cólera mas terrible se desvanecía con mi primera caricia... Me habia quedado anonadado.

—¡Ah!... prosiguió mi padre, abrazándolo fué como lo maté... Estaba en la cama... el trabajo habia agotado sus fuerzas... velaba á su lado con una criada cuyos odiosos consejos estraviaron mi razon; él, el tenia lástima de mí... y me decia: Pero hermano, te vas á matar... ¡á qué pasar asi todas las noches!... y lo que yo le daba para salvarlo era su muerte... ¡Oh! queria sus riquezas... creia que podria ser rico despues de semejante accion... Cuando me encontré solo con aquel oro tan caramente comprado, quise aturdirme... viagé... pero los remormientos me seguian á todas partes... Entonces fué cuando me casé con vuestra madre... me parecia que permitiéndome unir á aquel ángel, el cielo me concedia su perdon; pero como... Dios tambien es implacable... Aquella muger que habia participado de mi crimen, esperando imponerme su odioso amor, aquella muger para vengarse de mi desprecio, reveló todo á vuestra madre... que desde aquel instante me abandonó para siempre... En vano me arrodillé á sus pies y abracé sus rodillas suplicándole que no me abandonase solo á mi castigo... ¡Fué innexorable!... En vano quise darla para ella y para vos, que acababais de nacer, toda mi fortuna, todo lo rehusó, aquel oro estaba manchado de sangre... Despues he llevado la mas miserable existencia y mis dias han sido un suplicio infernal... Todas las noches se me aparece mi hermano y su mano helada pesa sobre mi pecho, y yo lucho gritando bajo aquel horrible peso y aquella no me deja hasta que aparece el dia... ¡Oh! ¿He sufrido bastante, decidme?... ¿Era aun preciso que al morir vuestra madre os convirtiese en acusador?... ¡Un hijo!... ¡Gran Dios!...

—¡Oh! ¡padre mio!... No la maldigais, pues ella oraba por vos...

—Pero vos, ya sé que sois digno de mí... A vos ahora la mala conducta y la orgía que roen el corazon... quisiera que vuestra madre viviese aun para que os viese perdido!... ¡Oh! conozco vuestra vida... sé lo que os trae... ya habeis sentado la planta en el declive del abismo... y os agarrais á mí en la caída!... Pero es en vano... Este oro está manchado de sangre, dijo vuestra madre, y no tocáis á él. Es preciso dejarme á mí, á mí el culpable, estas infames riquezas... ¡Contábais con ellas para prolongar vuestras orgías!... pero yo tengo un mejor uso que hacer de ellas... ¡necesito ganarme las indulgencias del cielo!... ¡Dejadme... no soy vuestro padre!... y no recogereis nunca estos despojos que me ha dejado un crimen.

—¡Oh! ¡compadeceos de mí!... ¡me espera el deshonor!... ¡la muerte!...

—Nada, te digo... ¡Nada!

Y mi padre, agotadas las fuerzas por tan terribles emociones, cayó desmayado en el suelo.

Durante algun tiempo me quedé como herido del rayo... Cuando volví en mí, ocurrió una cosa en la que no puedo pensar sin temblar.

Genoveva estaba entre mi padre y yo... Me miraba fijamente y sus ojos eran de llamas como la noche que la encontré en el baile.

Sin tratar de explicarme, ni cómo habia entrado en una casa tan perfectamente cerrada, ni qué idea la traia, quise

huir de aquella muger que era mi ángel malo; mas para huir tenia que pasar cerca de mi padre que estaba allí tendido, pálido é inanimado. Con semejante espectáculo mi corazon se hizo pedazos, me arrodillé un instante á su lado, tratando de reanimarle, llamándole con mis besos y sollozos; en seguida le levanté, gritando: ¡un médico!... ¡un médico!... es preciso salvarlo... Pero cuando iba á atravesar el dintel de la puerta, Genoveva, fria é inmóvil como una estatua, me cerró el paso; su mano se apoyó sobre mi hombro y sentí helarse toda mi sangre; me parecia que á poco que apoyase iba á caer deshecho como una ruina que se derrumba, no me atrevia á mirarla, porque su mirada penetraba hasta el fondo de mi alma como un escalpelo.

—Si le vuelves la vida, me dijo con un acento de irónica compasion, te desheredaré!...

—¡Pero es mi padre!... ¡qué me importan sus riquezas!... sufro... va á morir... ¡Dejadme!...

—Y la miseria... ¿sabes tú por ventura lo que es?... Primero la prision... el desprecio y los insultos de la multitud... largas horas... largos años de juventud perdidos... impotente rabia... noches de insomnios pasadas retorciéndose los brazos contra las rejas... En seguida... nada de fiestas... nada de amores... solo la helada soledad... esa pobreza vergonzosa que se arrastra rugiendo de envidia!...

—¡Oh! ¡compasion!...

—¡Insensato!... ¡vas á ser rico!... ¡mas rico que nunca!... Volverán á sonreírte todos los placeres... tus dias y tus noches se enlazarán aun entre alegres orgías!... y ademas yo te amo... ¡bien sabes que te amo!...

¡Ay!... dudaba... mi alma no tenia fuerza bastante para rechazar aquella odiosa presion... dudaba... aquel oro me desvanecía... y solo veia aquel oro...

Una pueril circunstancia... me acuerdo que mientras tenia lugar en mí aquel horroroso combate, un organillo, que se habia detenido delante de la casa en la calle, tocaba no sé qué trozo alegre que parecia mofarse de mí como los cantos del infierno.

Mi padre se incorporó, su mirada erró un instante en derredor, dió un profundo gemido y se desplomó sobre sí mismo... estaba muerto.

Yo caí desmayado.

Lo demas está muy confuso en mi memoria. Cuando volví en mí me encontré en la calle de la Naranjería, en casa de Madme. Labbé. Me hablaban con dulzura como á un niño; á menudo veia á mi cabecera hombres de severa fisonomía que hablaban en voz baja y pronunciaban mi nombre. Si se me escapaba alguna palabra sobre lo pasado sacudían la cabeza y me reprendían. Volví á ver á Agata... primero me apareció durante mis insomnios como un ángel guardian bajado del cielo... No me atrevia á moverme temeroso de ver desaparecer aquella divina vision... Poco á poco fui adquiriendo el sentimiento de la realidad... Era ella... mi dulce prometida, que velaba á mi lado... ¡Oh! bajo su mirada se abría mi alma como una flor á los rayos del sol.

La convalecencia fué larga; por fin, sostenido por madame Labbé y Agata pude bajar y sentarme en el jardín cerca del tilo y con un radiante sol. Poco á poco encontraba en mi corazon los vestigios de mi primer amor... Y cosa extraña, los sucesos que habian ocurrido despues de mi partida de la calle de la Naranjería se encontraban completa-

mente borrados de mis recuerdos; me hallaba como aquellos que han tenido un sueño terrible y tratan de recordarlo.

¿Qué mas os he de decir? seis meses despues me casaba con Agata... era dichoso... amaba y era amado... Pero para esta union fué preciso discutir esas miserables cuestiones de dinero que todo lo agostan. Creyeron que podian recordarme que mi padre habia muerto y que habia heredado toda su fortuna. Aquello fué como un rayo... el velo que cubria toda esa parte de mi vida se rasgó... Desde aquel instante solo, fué cuando me volvió la razon... Oculté mi dolor... mis remordimientos... Podian... descubriendo que hasta entonces, yo á quien todos creian salvado hacia tiempo, habia olvidado la muerte de mi padre y aquellos dias de aberraciones y de orgías, podian, repito, dudar de mi curacion... Temia por mi amor y tuve la fuerza de callarme y el matrimonio se llevó á cabo... Pero despues no ha habido para mí un solo dia de tranquilidad... poco á poco como el horizonte que se va distinguiendo á medida que la neblina se disipa, aquellos tiempos de delirio me se representaban con todos sus horriblos detalles... me acordaba de la muerte de mi padre... por la noche le veia pálido y tendido en tierra, ¡cómo él veia á su hermano que habia matado!... ¡Ay!... preciso me fué abrir mi corazon á este ángel cuya existencia estaba unida á la mia!... solo encontré en ella indulgencia, compasion y perdon... Lejos de rechazarme, lejos de abandonarme á mi desesperacion, me ha enseñado á orar, me ha sostenido en mi afliccion: despues de haber salvado mi cuerpo ha salvado tal vez mi alma... En lugar de maldecirme por ese crimen que me horroriza, trata de persuadirme de que ya mi razon estaba estraviada, que he sido juguete de una horrible vision... Pero no... bien lo sé... Genoveva habia entrado en el cuarto de mi padre... me habló... y aquella muger, era el demonio!...

Solo que nunca he podido comprender como tuvo la audacia de tomar el nombre de una santa.

Cansado con esta relacion llamó el conde... un estremecimiento nervioso corrió por sus miembros, sus ojos se desencajaron y cayó en el acceso de una crisis nerviosa.

Una mirada de la condesa me hizo comprender que deseaba quedarse sola con su esposo, y me alejé...

Al dia siguiente recibí un billete bastante lacónico llamándome á la casa de la condesa.

Me recibió en un saloncito de costura que daba al cuarto de su esposo. En cuanto me vió la jóven se dirigió á mí con precipitacion:

—¡Oh! ¿no habeis dado crédito, no es cierto, á la relacion de anoche?... ¿á qué haceros esta pregunta?... bien fácil era conocer en aquella relacion las alucinaciones de un cerebro enfermo!... ¡Ay!... ya lo habeis visto... el conde está loco... Mas, dichosamente ¡Dios mio!... los ataques de esta locura son raros... Ya lo habeis visto en sociedad... y siempre os ha parecido dotado de un juicio recto, y tal vez de un elevado talento, generoso, entusiasta... entonces está tal y como es... Pues bien, todos los años viene esta terrible crisis... todos los esfuerzos de la ciencia han sido vanos... Solo Dios podia salvarle... ¡y le salvará!... Solo me gusta el esplicaros la escena de que habeis sido testigo... ¡Oh! necesito creer en vuestra discrecion, diré mas, en vuestra amistad... El mundo no lo comprendería... solo tendria risas é insultante curiosidad hacia

nosotros... pero tengo confianza en vos y lo diré todo...

El conde, ya lo sabeis, se cree culpable de la muerte de su padre, y tiene la locura misterios tan crueles... cree tambien que en el momento en que dudaba entre aquel anciano espirante y aquella imaginaria Genoveva, se oia alli cerca un organillo... el anciano se confunde ante esa asociacion grotesca de ideas que ninguna relacion tienen entre sí... ¿Mas, á qué querer sondear esos abismos?... Ya desde hace dos años, el conde habia tenido ataques de locura furiosos. Hace un año, obligada, ya lo comprendereis, á mentir al mundo para ocultarle el fatal secreto, dejé á mi esposo un instante... Necesario es deciros que durante esos momentos nadie mas que yo se acerca á él... ¿Cuándo volví de mi corta ausencia habia desaparecido!... habia abandonado la casa... ¿Cómo pintaros mi dolor y desesperacion!... ¿Qué horas de tan cruel ansiedad!... ¿En muy pocos segundos pasaba mi alma de las mas confiadas esperanzas á los mas acerbos dolores!... Las ocultas investigaciones que hice practicar fueron en vano... ya no podia ni aun rezar... cuando una muger miserablemente vestida pidió el hablarme... ¡Oh! corrí á su encuentro... tenia un feliz presentimiento!... Esta muger me presentó una tarjeta de mi esposo... Un jóven, hacia poco, huésped en su casa, la habia dejado caer... Tal vez poco segura de la moralidad de su huésped y queriendo saber cómo semejante tarjeta se encontraba en su poder, aquella excelente muger vino á buscarme... Fué aquello como un rayo para mí... ¿Habia sido asesinado el conde?... ¿Iba á encontrarme delante de su asesino?... ¡Oh! ningún temor podia detenerme... seguí á aquella buena muger... Sin duda habeis ya comprendido, que llegada á la casa en que me condujo, reconocí á mi esposo bajo los groseros trajes de los hijos del pueblo... Habia puesto en práctica la idea fija que le perseguia durante su locura... Pero esta idea no era tan rara como tal vez os ha parecido... Sin disputa aquellas preocupaciones sobre el organillo revelaban algun desarreglo en su razon... Pero un pensamiento mas racional, mas sublime, le guiaba, le habia arrastrado... Viviendo durante algunos dias en medio de la gente mas miserable y tambien mas perversa, queria ver de cerca la miseria para socorrerla despues sin darse á conocer... ¿Quería por medio de la caridad acallar sus remordimientos!... ¡Oh! ¿No es cierto que esto era muy noble?... Añadiré, que calmada sin duda por el cumplimiento del deber que se habia impuesto, su locura fué de poca duracion y no llegó como otras veces á los accesos de furor...

Este año juzgando que las tentativas de los médicos para prevenir é impedir la reproduccion de la imaginacion iban á ser infructuosas como de ordinario, no creyendo ya en ellos, y viendo que el conde me imploraba humildemente, para que le dejase marchar... ¡Este año le he acompañado yo!...

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

MAUSOLEO DE LA SULTANA DE LA INDIA.

En la confluencia del Jumucá y de un pequeño rio que desemboca en él, se levanta la ciudad de Agra, antigua ri-

val de la magnífica Delhy, y como ella teatro de las pompas del opulento imperio del Mogol.

Por los recuerdos que suscita, por la belleza de sus edificios, por la magestad de sus ruinas, Agra cautiva al mas alto punto la atencion de los viajeros europeos que visitan el Indostan.

Data su origen desde los tiempos mas remotos; empero, como ella, ha sido muchas veces devastada y saqueada por los conquistadores que sucesivamente invadieron el imperio: el historiógrafo de los emperadores mogoles atribuye su fundacion á Ackbar que la restauró, y estableció en ella su gobierno.

La ciudad de Agra es deudora de su magnificencia á aquel príncipe, cuya memoria es inseparable de todos aquellos prodigiosos monumentos de la gloria mogola, tan importantes y mejor conservados hoy todavía en medio de las dunas ó arenales del Jumuca, que los de la ciudad de los Césares.

Al ejemplo de Ackbar, su abuelo Chah-Djiham, trabajó toda su vida en el embellecimiento de aquella capital, y la dotó entre otros del mausoleo de que damos hoy á nuestros lectores la representacion mas exacta que existe. Es con relacion á todos los que lo han visto, el mas hermoso monumento que hallarse puede en las cuatro partes del globo.

El sultan Khoyrem vió el día en Lahore, en donde su padre Djiham-Guir habia fijado la sede del imperio del Indostan, en 5 de enero de 1592.

A la edad de treinta años, culpable ya de fratricidio, se rebeló, se hizo proclamar emperador por el ejército, y tomó entonces ese nombre de Chah-Djiham, que significa soberano del mundo. Fué vencido en una sangrienta batalla bajo las murallas de Delhy; pero bien pronto la muerte de Djiham-Guir le volvió á abrir la senda del imperio.

Habia tenido por competidores á dos hermanos, que desaparecieron. Sábese que uno de ellos fué encerrado con sus hijos en una cámara del palacio imperial, cuyas puertas y ventanas le tapiaron. Resonó el palacio por muchos días con los aullidos de aquellos tres desgraciados, que recuerdan el suplicio de Ugolino en Pisa.

Diferentes guerras en que fué afortunado, y tentativas para destruir el brahmanismo, que no era á sus ojos sino una supersticion miserable, ocupan á Chah-Djiham durante muchos años, sin impedirle consagrarse á su gusto por las construcciones arquitectónicas.

Asistiendo este monarca á los últimos momentos de su muger Nour-Mahh, prometió erigirla un mausoleo que, emblema de su amor y de sus virtudes, no tuviese como ella igual en el universo: cumplió su palabra.

Esta obra maestra de arquitectura en el estilo oriental, está enteramente construida de mármol de una deslumbradora blancura, y situada en medio de una inmensa planicie sobre las márgenes del Jumuca, que corre magestuosamente á los pies de los minaretes colocados á los cuatro costados de la plataforma sobre la cual descansa el incomparable monumento. Esta plataforma tiene quinientos veinte y dos pies cuadrados, y la cúpula que se eleva en el centro cerca de setenta pies de diámetro: está cercada de un muro de altura de setenta pies, edificado en granito rojo. Una entrada á la cual solo se puede criticar su demasiada estrechura, fué abierta en este muro: consiste en un postigo de mármol negro y blanco, cerrado por una puerta de dos ho-

jas de bronce, y que coronan muchas cúpulas de una soberbia arquitectura. Desde este pórtico se pasa á los jardines, y allí es donde aparece en toda su grandeza el monumento resplandeciente bajo los rayos perpendiculares del sol de la India, como un palacio de hadas y encantadoras.

Al final de una hermosa alameda de cipreses, cuyo sombrero follage se refleja en los vastos recipientes de mármol, donde se renueva un agua siempre pura, la masa prodigiosa se alza con tanto atrevimiento como elegancia sobre su enorme base, y domina el río que la añade todavía gracia y magestad, reflejando el edificio en el cristal de sus aguas. Cada uno de los lados del mausoleo corresponde con una pieza de mármol, donde el cierzo penetra por las esculturas caladas ejecutadas en forma de ventanas en el muro exterior. El mismo mausoleo es un edificio octógono, sobre el cual se despliega la cúpula flanqueada de kioscos, de menor altura. En su origen esta cúpula llevaba en su estrechidad una aguja y media luna de oro, que fueron arrebatadas por los mahratas: han sido rehechos estos adornos en metal dorado mas comun, y menos susceptible de tentar la codicia de aquella nacion bárbara. Colocados á treinta pies sobre la cúpula, presentan un contraste agradable y gracioso con las cuatro columnas ó minaretes del pavimento.

Aquellos minaretes, que tienen casi ciento cincuenta pies de altura, están contruidos en totalidad de un mármol blanco, cuya superficie pulimentada produce á la claridad del sol un efecto que no puede concebirse sino viendo aquellos mismos sitios.

Los deliciosos jardines que rodean el monumento, están adornados con gusto y con plantaciones de viñas y otros mil arbustos. En medio de aquellos encantados bosques se ha construido el mausoleo soberbio donde reposan los despojos de su fundador y de la sultana que tanto habia querido. Súbese á él por una escalera de mármol, que va á parar á una terraza espaciosa. Mas allá de esta terraza se abre la puerta del mausoleo, puerta baja y modesta que forma un singular contraste con la magnificencia de todo lo demas, y parece advertir así que da entrada á la mansion de la muerte, donde van á anonadarse todas las grandezas humanas.

No recorre el pueblo el jardín del mausoleo, sino con recogimiento. El domingo por la tarde, los musulmanes de todas las condiciones, acuden allí á respirar el fresco, y sus variados grupos aumentan todavía el interés del cuadro.

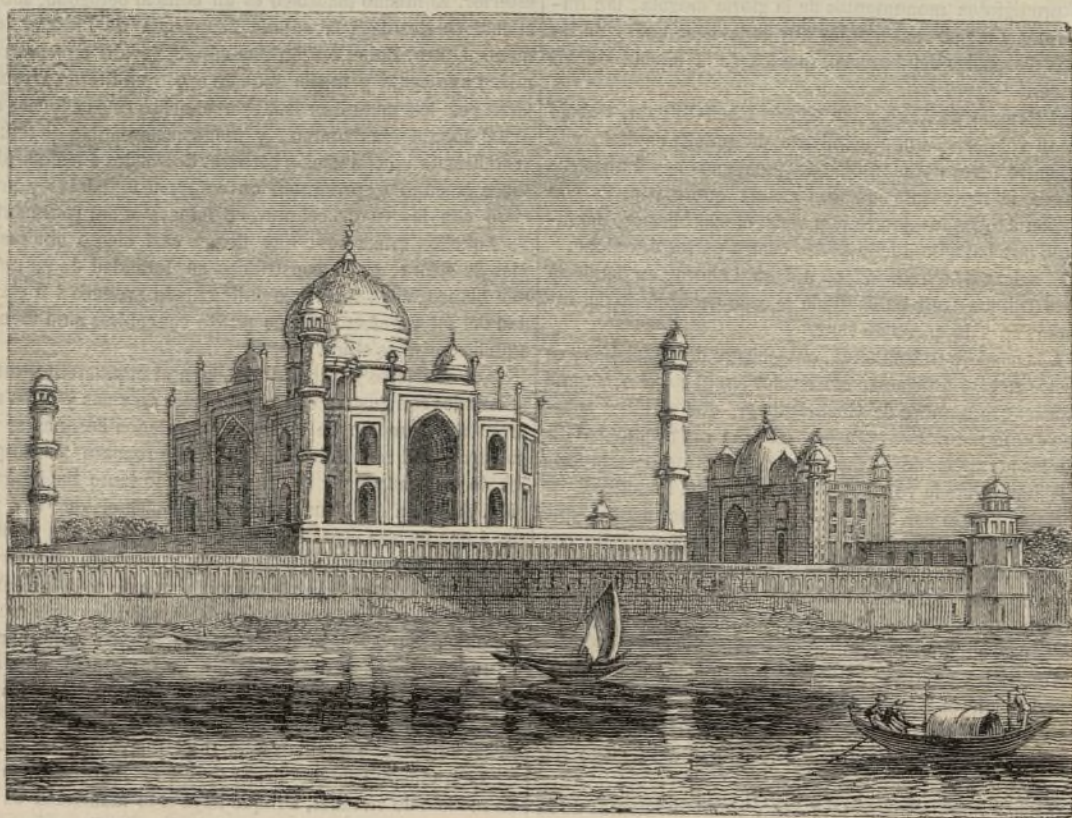
La tradicion presenta á sus ojos á Chah-Djiham, como un modelo de virtudes, aunque haya sido manchada su vida con muchos y numerosos crímenes; y en la veneracion por su memoria renuevan con frecuencia las coronas de flores que adornan su sepulcro. El emperador y la emperatriz se hallan encerrados en un sarcófago de bellissimo trabajo, hoy de marmol en atencion á que los mahratas robaron el que se habia construido en un principio de jaspe. A la derecha está el sepulcro de la emperatriz; á la izquierda el del emperador. Los dos están enriquecidos de adornos y dibujos de mosaicos, de la mas admirable ejecucion. Las sombras y los tintes de las flores que están allí profusamente representadas por medio de un gran número de piedras de diferentes especies, están imitadas con una perfeccion tan rara que engañan á la vista y causan la mayor ilusion. Tambien se ven allí dibujos de pájaros de una finura tal que parecen estar pintados sobre seda. Se han empleado en aquellos mosaicos treinta y seis especies de

cornalinas, y una asombrosa cantidad de ágatas, de turquesas, de lapis-lazuli, etc. Entran muchas veces en la composición de una sola flor muchas docenas de pedazos de piedras. En una palabra, no hay viagero que no confiese á despecho de las preocupaciones del gusto europeo, que aquel monumento imponente tan rico, tan pintoresco, es muy superior á todo cuanto ha podido concebir su imaginación.

Este edificio, cuya construcción duró veinte años, costó mas de 20.000.000 de francos, suma enorme cuando se considera que el valor de la plata es hoy cinco veces mayor en la India que en Europa. Si se calcula el valor al principio del siglo XVII, entonces tendremos que los gastos de aquel mausoleo habrían ascendido de 80.000.000 á

100.000.000 de francos de la moneda actual. Además, esos gastos no gravaron en nada el tesoro del emperador, si es cierto que después de haber vencido á sus enemigos los obligó á contribuir con todos los materiales de que podían disponer.

Cuentan que Chah-Djiam tenía el proyecto de hacer levantar un segundo monumento enteramente semejante al primero sobre la otra margen del Jumuca, destinado á recibir sus propios restos, y reunir el uno y el otro monumento por un grandioso puente de mármol: las desgracias que afligieron el final de su reinado, no le permitieron ejecutar este gigantesco plan. Su hijo el ambicioso y pérfido Aureng-Zeib, levantó contra él el estandarte de la rebelión, batió las tropas imperiales, hizo arrestar á su padre, y lo



Mausoleo de la Sultana, en Agra.

encerró en el palacio de Agra. Este desgraciado monarca permaneció siete años enteros en su cautividad, que dulcificaron los cuidados de su joven hija, la cual como otra Antígona, fué un modelo de piedad filial, y por último, terminó de un modo muy triste, que es fácil de adivinar por el carácter profundamente atroz de Aureng-Zeib, el 21 de enero de 1666.

A pesar del interés que inspiran estas desgracias no podemos disimular que ha incurrido en muchas y merecidas reconvenciones por su avaricia, insolencia y crueldad; pero lo que puede explicar la popularidad de su memoria es que los grandes solos, cuya ambición temía, y cuyas riquezas deseaba, estaban espuestos á sus rigores. Para el pueblo era clemente, afable, afectuoso y propenso á administrar

justicia en persona. Una anécdota prueba que desplegaba en estas funciones una sagacidad penetrante que hubiera dado celebridad al mismo Salomón.

Habiendo robado un soldado la muger de un escritor, y aquella rehusando reconocer á su marido que la reclamaba, llevóse el asunto al juicio del emperador, que como no pudiese en el momento descubrir la verdad despidió las partes, guardando consigo á la joven. Algun tiempo después, fingiendo de repente tener necesidad de tinta, dijo á aquella joven que se la preparase, lo que hizo con una perfecta destreza. Este fué un rayo de luz para el emperador, que concluyó al ver lo bien que lo hacía, que no podía ser sino muger de un escritor, y la despidió mandándola entregar á su marido.